MIGUEL G. MARIN

Tiene hoja de servicios que le honra.

Fuera está el Coronel Marín del cuadro de soldados vulgares.

No es militar sólo por vestir el uniforme, sino que lo es á conciencia; por haber combatido á favor de su patria en luctuosa época para ella; en momentos en que más necesitó del abnegado esfuerzo de sus hijos. No es militar María, sin servicios; es soldado util, soldado valiente, soldado que heroicamente se portara en más de una acción, en más de una batalla; y soldado por lo mismo ilustre; digno por manera, de figurar en primera línea, allí donde figuren los jefes más reputados, más distinguidos, bravos y pundonorosos del ejército nacional.

Dice su hoja de servicios que dió pruebas de valor en varios combates en que se encontró, derivados de la pacificación del Itsmo de Tehuantepec y en su campaña en el año de 1883; llamando la atención, agrega aquel documento, en el que tuvo lugar el 8 de Diciembre de 1882 en el Rancho de Urbina de Arriba, donde se manejó con valor.

Miguel G. María tiene hoy treinta y tres años de buenos servicios.

Se alistó de Alférez el año de 1858 en el Escuadrón Xicotencatl del Estado de Tlaxcala y allí duró cuatro años. Pasó en seguida al 1er Batallón, al mando entonces del General Coronel Rojo. Y el año de 1861 combatió por la Libertad y por nuestro Código de leyes de Reforma.

Pero su hecho de armas más glorioso, aquel que al recordarlo le hará siempre con orgullo levantar su frente, tostada por el sol que alumbró con rayos de oro sus campos de batalla; aquel que como corriente eléctrica le hará todavía estremecerse, pero estremecerse no á consecuencia de la desagradable, involuntaria sensación del agente físico, sino á impulsos del entusiasmo patrio y del pensar en el ardor de la pelea; aquel hecho de armas, decimos, que más honra á María, que le basta y que le sobra él solo para constituirle esplendente reputación de soldado aguerrido y valiente, para formarle luminosa aureola de gloria, fué la Batalla del 5 de Mayo dada por las armas republicanas contra el primer ejército del mundo! Allí, en las faldas del cerro de Guadalupe y en sus cimas, defendiendo nuestras instituciones, derrocando al llamado imperio; con fin de derribar un malaventurado trono que la ambición soñara, se presentó María á la lucha, en los momentos de mayor peligro, como el último de los soldados, en grado; pero como de los primeros en valor, con el valor de un Espartano, combatiendo cuerpo á cuerpo, escapándosele jadeante el aliento por los abrasados labios, ardiendo el cerebro, chorreando de sudor su frente, secas las fauces y aspirando por oxígeno, densas nubes de humo de pólvora; y combatió hasta el fin, y no cejó hasta que ya habían mordido el polvo, en masa, los franceses, hasta que nuestras armas quedaron vencedoras y hasta que tremolando las banderas, ostentárase nuestra águila de alas abiertas y vistoso plumaje, irisado con el iris de la victoria.

¿No basta esto al Coronel Marín para llamarse valiente; para llamarse soldado, en la acepción propia de la palabra; para llamarse héroe de esa batalla y que se le tributen honores? ¿Estará mal que lo hayamos escogido en esta ocasión para colocarlo en la galería que grupo de jefes ilustres va á constituir en las columnas de esta publicación? Fuera egoismo de nuestra parte dejarlo para la última vez, ó fuera, mejor, menospreciar el verdadero mérito.

Con lo dicho hasta aquí, tendríamos para justificar la valía del Coronel que nos ocupa; pero fuerza es que sigamos adelante, porque algunos más hechos gloriosos tiene, dignos, por mucho, de mención.

Dígase si no lo son los siguientes.

La guerra de Intervención duraba todavía. En 1863 concurrió á la defensa de la plaza de Puebla y á causa de la rendición de aquella, cayó prisionero; pero logró, comprometiendo muy formalmente su vida, fugarse, é incorporose luego, para seguir combatiendo, á las fuerzas más cercanas. Y siguió, y siguió entrando siempre á lo más rudo del combate, allí donde había el mayor peligro; en donde solo entraban los valientes y los denonados; hasta volver á caer prisionero en Oaxaca, en cuya condición duró bastante tiempo, y puesto en libertad continuó impertérrito, guerreando contra la Intervención y el llamado Imperio, cuyo triste epílogo se acercaba y había de ser en el Cerro de las Campanas.

¿En qué mejor ocasión que en esa funesta época, pudo María servir á su patria?

No fantaseamos; su hoja de servicios queda garante por nosotros.

Y en Miahuatlán y en la Carbonera estuvo, timbres las dos de gloria, del General Porfirio